

EL YO, LA MEMORIA Y LA HISTORIA EN LA OBRA
TESTIMONIAL DE LEOPOLDO CASTEDO

*Ego, memory and history
in Leopoldo Castedo's testimonial work*

María Marcela Aranda

Resumen

La memoria y el olvido colaboran en la composición de la imagen de la vida de un autor quien, a partir de su perfil autobiográfico, se inserta en la sociedad a través de la interacción entre la exactitud histórica del relato y el esfuerzo por volcar su experiencia de vida en un modelo cuyas características busca individualizar.

La obra testimonial del historiador español nacionalizado chileno Leopoldo Castedo (Madrid, 1915-1999) ofrece las claves que permiten entender la trama conflictiva al interior del sujeto individual y colectivo y la dinámica que permite la autoconstrucción del yo. Así, el valor de la palabra escrita reconstruye la entidad histórica y política de una vida signada por el trasiego de ideas y conceptos.

El presente trabajo pretende explorar las situaciones objetivas que posicionan al autor en la mejor comprensión del contexto sociohistórico de su trayectoria vital. Al reconocer que el presente exige pasado y memoria para subsistir y para descubrir huellas históricas en los procesos actuales, el sujeto-autor recrea un sentido de continuidad que otorga coherencia y significación a su propia existencia, sin descuidar las negociaciones entabladas con otros.

Palabras claves: Historia, autobiografía, memoria, historia de las ideas, discurso.

Abstract

Memory and oblivion collaborate in the life image composition of an author who, starting from his autobiographical profile enters into society through the interaction of historical account exactitude and the effort to overturn his own life experience in a model whose characteristics he tries to individualize.

The testimonial work of the Spanish historian nationalized Chilean Leopoldo Castedo (Madrid, 1915-1999) offers the key that allows understanding the troubled plot within the individual and collective self and the dynamic that permits ego auto construction. In this way, written word value reconstructs historical and political life organization marked by ideas and concepts activities.

This work pretends exploring objective situations that place the author in the best sociohistorical context comprehension from his vital path. Recognizing that the actual world demands past and memory in order to survive and discover historical prints on current processes, the author-individual recreates a continuity sense that grants coherence and meaning to his own existence, without disregarding initiated negotiations with others.

Key words: History, autobiography, memory, ideas history, speech.

Introducción

Los estudios autobiográficos se insertan en el marco de las reflexiones contemporáneas sobre la libertad individual. Karl Weintraub afirma que a partir del historicismo del siglo XIX, la autobiografía deviene en expresión moderna de la conciencia histórica occidental, desde el momento en que Wilhelm Dilthey vislumbró que la literatura del yo era una forma esencial de comprensión de los principios que organizan la experiencia y permiten interpretar la realidad histórica en que cada ser humano vive.¹

Pero la vida humana también adquiere significación en la medida en que sus creaciones dejan huella en los hombres de cada época, llenándola de contenidos y perspectivas nuevas. Las intenciones y expectativas son recogidas de forma individual y colectiva por universos discursivos particulares y el arte de la memoria reconstruye los momentos que configuran cada visión histórica. La narración

¹ Weintraub, Karl. "Autobiografía y conciencia histórica" en VVAA. *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Anthropos, núm. 29, Barcelona, 1991, pp. 18 y ss. Es decir que la vida personal sólo puede ser entendida a través de su dimensión histórica, pues la autobiografía es un género que fusiona lo que le fue dado a cada sujeto al principio, lo que su mundo le ofrece, lo que escoge de ese mundo, cómo crea su carácter y cómo ese sujeto influye, a su vez, en el mundo.

nos permite explicar nuestro pasado y presente y aventurar el futuro y, por último, justificarnos, responsabilizarnos, ser veraces, inculpar, exculpar y producir sentencias de variados propósitos.

En tal sentido, los aportes teóricos de la literatura autorreferencial canalizan diferentes líneas de reflexión. Este trabajo ahonda en la perspectiva que insiste en la importancia de la mediación de la sociedad y la cultura para la conformación de la identidad, recuperando, en especial, el debate sobre la significación de la escritura de la historia y de sus ideas.² Esto significa ver el texto como inmerso en un mundo discursivo del cual lo ideológico es parte componente y tener en cuenta la proliferación de signos que hay en el mundo contemporáneo para observar lo ideológico.

El hecho de escoger un personaje de procedencia europea —el historiador madrileño Leopoldo Castedo (1915-1999, Madrid) y sus *Contramemorias de un transterrado* (1997)—, que se vio urgido por cuestiones de supervivencia política a desarrollar su actividad intelectual en otro suelo, Iberoamérica, nos revela hasta qué punto la escritura se convierte en exposición teórica del propio discurso. En este caso, fue la continuación de la impronta americanista que le imprimió desde un principio a su actividad intelectual. Si un texto se aprehende cuando convergen el análisis ideológico del discurso y su relación con la vida cotidiana, este sujeto que escribe sobre sí mismo nos propone una simultaneidad autobiográfica que imbrica tres planos: lo personal, lo artístico y lo histórico. Sólo atravesándolos con fino escalpelo es posible descubrir el pacto entre el autor/personaje y el lector, condición necesaria de la escritura autobiográfica.³

Como examinaremos a lo largo del trabajo, el historiador querrá demostrar la necesidad de convergencia entre los elementos similares que caracterizan a los iberoamericanos por sobre las

² Cfr: Burke, P. *Formas de hacer historia*, trad. cast, Alianza, Madrid, 1999; Iggers, G. *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, trad. cast, Idea Books, Barcelona, 1998; Chartier, R. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, trad. cast., Gedisa, Barcelona, 1992; Jauss, H. R. *Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética*, trad. cast., Taurus, Madrid, 1986; Bourdieu, P. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, trad. cast., Anagrama, Barcelona, 1995.

³ Lejeune, Phillippe. "El pacto autobiográfico", en: VVAA. *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, op. cit, pp. 47 y ss.

mezquindades individuales, para pensar en términos de una cultura americana solidaria e integrada en el reconocimiento universal. Desde su particular *locus* “transterrado”, batallará por una historia superadora de confrontaciones estériles entre España y América y definirá a ésta última a través de tres aspectos históricos decisivos: el valor fundante del mestizaje, el reconocimiento de la condición utópica del continente y la impronta del exilio en la figura del autor/testigo/actor (es decir, él mismo como historiador). De tal modo, reafirmó su rol de intelectual, pues al elaborar ideas y saberes acerca de la sociedad, generó un campo de análisis en el que al proponerse como personaje crítico de las tensiones y conflictos sociales, le ofreció a la sociedad un sostén derivado de la autoridad que emanaba de su condición de tal.

Autobiografía y conciencia histórica

Como se sabe, el conocimiento de lo histórico implica tres cuestiones epistémicas: la singularidad de los actos humanos, la globalidad del medio en que es posible comprenderlos y la temporalidad que constituye su sucesión. Por lo tanto, el análisis del significado del tiempo histórico brinda la clave para desentrañar el concepto de historicidad, es decir “el de sujeción ineluctable al tiempo de todo lo que existe”.⁴ Pero el discurso de la historia aporta sólo una imagen de la realidad que está en relación con los intereses del presente y, en ocasiones, enfrentado al significado y sentido de las acciones humanas. El análisis de las sociabilidades, la cuestión de las entidades individuales y colectivas y la función de la memoria como preámbulo de la historia, entre otros tópicos, alientan la comprensión de la historia en clave renovadora.

La obra testimonial del historiador español nacionalizado chileno Leopoldo Castedo (1915-1999, Madrid) se distingue por esa exploración de la urdimbre y la trama de los procesos históricos en América Latina, que toma en cuenta los objetos culturales como dispositivos singulares y discontinuos. Nuestro trabajo pretende dilucidar estas claves de comprensión tomando como punto de partida la vocación del madrileño y su particular localización tempo-

⁴ Aróstegui, Julio, *La investigación histórica: teoría y método*, 2ª ed., Crítica, Barcelona, 2001, p. 62.

ral y espacial y, de esta manera, explorar el contexto socio-histórico de su trayectoria vital. El valor de la palabra escrita permite, así, reconstruir la entidad histórica y política de una vida signada por el trasiego de ideas y conceptos.

Por su parte, la literatura del yo brinda su soporte teórico al ahondar en las relaciones entre la memoria, el recuerdo y la historia. Imaginar, reconstruir la existencia de sí mismo lleva al historiador a tener en cuenta la existencia del mundo por él vivido, y en esta mediación le da forma a un pasado histórico cuyas imágenes se concatenan en una relación recíproca con el presente. Es decir que el sujeto-autor recrea un sentido de continuidad que otorga coherencia y significación a su propia existencia pero sin descuidar las negociaciones con los otros. Estas categorías permitirán vigorizar la importancia de la literatura autorreferencial en el desarrollo político-ideológico americano del siglo XX.⁵

Por otra parte, una persona explora su trayectoria vital y su carrera debido a variados móviles. Tulio Halperín Donghi sostiene que en el caso iberoamericano se conjugan dos tradiciones autobiográficas. Una de ellas, de origen agustiniano y cristiano, ofrece la historia de las vicisitudes de un alma en la larga marcha hacia su salvación; y el aporte de Jean Jacques Rousseau, en cambio, señalaría una impronta menos lineal y más atormentada en el derrotero del alma. Al énfasis puesto en el período de la infancia, en que ocurre la primera identificación del sujeto con su propio mundo histórico-social, sobreviene la segunda tradición autobiográfica, o sea la integración con la biografía del sujeto como ser social.⁶

Motivos y estímulos, memoria y olvido juegan, pues, un importante rol en la concepción de la imagen de la vida de un autor quien, a partir de este perfil autobiográfico, concibe su inserción específica en la sociedad en la que actúa mediante un proceso de interacción entre la exactitud histórica del relato y el esfuerzo por volcar su experiencia de vida en un modelo cuyas características trata de individualizar.

⁵ Entre otros autores, *cfr.*: Villanueva, Darío, *El polen de las ideas. Teoría, crítica, historia y literatura comparada*, PPU, Barcelona, 1991; May, Georges, *La autobiografía*, trad. cast., FCE, México, 1982; Catelli, Nora, *El espacio autobiográfico*, Lumen, Barcelona, 1991.

⁶ Halperín Donghi, Tulio, "Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica", en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

En efecto, contar una vida es una tarea que se realiza a través de diferentes modalidades tales como la autobiografía propiamente dicha, las memorias, los diarios, los autorretratos, los epistolarios, los poemas y las novelas autobiográficas. Nuestro trabajo se propone explorar en las *Contramemorias de un transterrado* de Leopoldo Castedo esas claves que permitan entender la trama conflictiva al interior del sujeto individual y colectivo y la dinámica que ha contribuido a la autoconstrucción del yo.⁷

Las *Contramemorias...* responden a la definición que Phillippe Lejeune ofrece de la autobiografía: un relato retrospectivo en prosa que una persona hace de su propia existencia y personalidad, en el cual el autor, el narrador y el personaje principal se identifican entre sí.⁸ El destinatario asume la fiabilidad del texto en la medida que capta el funcionamiento del lenguaje escrito mediante el “pacto autobiográfico”, es decir la confirmación en y por el texto de la identidad real del autor que es a la vez narrador y protagonista. Por ello, para ciertas teorías autorreferenciales, el receptor se convierte en el depositario/intérprete del esfuerzo del autobiógrafo que enfatiza, en el presente de la escritura, la reconstitución de su unidad e identidad a través del tiempo. Ese momento de la escritura trasciende el plano de lo significativo mediante el filtraje de la experiencia y se enriquece por las manipulaciones semánticas propiciadas por el recuerdo y el olvido.⁹

Una obra en concreto nace como respuesta a otras anteriores, que diseñan un horizonte de expectativas en el que se orientan el autor y sus destinatarios. Desde esta perspectiva, la autobiografía

⁷ Castedo, Leopoldo, *Contramemorias de un transterrado*, FCE, Santiago de Chile, 1997.

⁸ Lejeune, Phillippe, “El pacto autobiográfico”, en VVAA, *La autobiografía...*, *op. cit.* p. 47 y ss.

⁹ En el panorama crítico de la *recepción* se presentan dos orientaciones. Por una parte, la fenomenológica, que entiende la lectura como recepción extrínseca del texto el cual, según enfatice más en lo individual o en lo colectivo, conduce a una psicología o psicoanálisis de la recepción literaria, a la sociología y a la historia de la literatura específicamente. Mientras que la segunda orientación es intrínseca pues busca e interpreta los indicios de la recepción en el propio texto, a través de procedimientos retóricos configuradores de puntos nucleares en la estructura de la obra. Wolfgang Iser, por su parte, incorpora el concepto de lector *implicito*, al que define como instancia de recepción ínsita en el texto, a la vez que actualización fenomenológica de la misma a través de un acto de lectura. Ver: Jauss, Hans R., *op. cit.*, de Man, Paul, “La autobiografía como desfiguración”, en VVAA. *La autobiografía...op. cit.*, p. 113 y ss.

es la segunda lectura de la experiencia que implica para el sujeto-autor una toma de conciencia en espacio y tiempo; pero es incompleta porque quien recuerda ya no es más el que era en ese pasado recuperado, sino que elige su propia inteligibilidad al resaltar la coherencia lógica y racional en los hechos y detalles que recuerda.

En tal sentido, el estudio de las ideas políticas amplía las posibilidades de comprensión del texto autorreferencial pues añade la visión y la exposición de la propia y personal actitud frente a la política y a la sociedad. La elección de los términos importa opciones filosóficas, éticas, jurídicas y políticas y a través de variados formatos (sistematizaciones doctrinarias; formulaciones filosóficas; estudios del pensamiento informal y del clima de opinión; análisis de los movimientos literarios, de las visiones del mundo y de la dimensión antropológica de la cultura; entre otros), define actitudes y estilos de pensamiento que caracterizan a un país, una disciplina y una época.¹⁰ Por otra parte, cada generación busca respuestas, un saber de sí misma, ya que el pasado al que interroga es su propio pasado. Ésta es la experiencia vital de la historia, pues al sentir el pasado como algo propio es posible referir ese conocimiento a lo más íntimo del sujeto, que es su ser. Nuestra intención es, por lo tanto, reconstruir la relación entre lo vivido y las evidencias documentales recurriendo al *utillaje* explicativo (en términos de Lucien Febvre) del que dispone la ciencia histórica, es decir el tiempo y el espacio que contornean los objetos y se confunde con ellos en una dimensión superadora de las vidas particulares, pues:

(...) en un estudio sobre la memoria, lo importante no es hasta qué punto un recuerdo encaja exactamente con un fragmento de la realidad pasada, sino por qué los actores históricos construyen sus recuerdos de una cierta forma, en un momento dado.¹¹

¹⁰ Cfr.: Baumer, Franklin L., *El pensamiento europeo moderno; continuidad y cambio en las ideas, 1600-1950*. Trad. cast. FCE, México, 1985; LaCapra, Dominick & Kaplan, Steven L., *Modern European Intellectual History; Reappraisals and New Perspectives*, Cornell University Press, Ithaca-London, 1982; White, Hayden, *El contenido de la forma; Narrativa, discurso y representación histórica*, trad. cast., Paidós, Buenos Aires, 1992; Burke, Peter. *History and Social Theory*, Cornell University Press, Ithaca-New York, 1993; entre otros.

¹¹ Thelen, 1989.

Leopoldo Castedo, el personaje en su contexto

Leopoldo Castedo había nacido en Madrid y su infancia transcurrió en tiempos de la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930), pues su padre integró este gabinete en calidad de ministro de Economía. Junto con ello, la mixtura política de sus orígenes familiares –republicanos, nacionalistas, monárquicos, anarquistas, comunistas– denunciaba la permanente búsqueda de su lugar en el mundo, la que se expresó en su propio afán profesional: la vocación histórica.¹²

Los 28 capítulos de las *Contramemorias de un transterrado* reflejan la intención de mostrar las marchas y contramarchas de una vida marcada por momentos difíciles en lo social y personal, desde la labor militante en el Quinto Regimiento (y el episodio del estallido en la fábrica de granadas de mano) en los prolegómenos de la Guerra Civil Española hasta la afección de cáncer hacia el final de sus días en Santiago de Chile, cuando: “la muerte parecía amenazarme como consecuencia de un cáncer pulmonar y también el favorable hado y la terapéutica musical contribuyeron a mi restauración”.¹³

Comienza su relato asumiendo los *re-nacimientos* que marcaron su vida y sin aludir a la fecha originaria, es decir el 27 de febrero de 1915, y graficando en el Prefacio de la mencionada obra su proyecto testimonial: “no sé si mi supuesta realidad presente es tal o bien la proyección imaginada de lo que debería concebir entonces como mi futuro”.¹⁴ Ello no impide la evocación del ambiente familiar, sus progenitores y hermanos, cuya nostalgia se entremezcla necesariamente con los recuerdos de la participación en la Guerra, por él llamada “*in*” Civil española:

Nací en Madrid un día de septiembre de 1936, cumplidos los veintiún años, en un palacete del barrio de Salamanca que habíamos convertido (...) en fábrica de granadas de mano. La dinamita y la metralleta estaban en el sótano, donde más de una

¹² En el Capítulo Primero de sus *Contramemorias...* Castedo señala también la militancia de su hermano en la Falange Española y de su tío Julián en el Partido Comunista; además de la propia simpatía por los postulados anarquistas, socialistas y comunistas y la adhesión final a la causa republicana, una vez iniciada la Guerra Civil Española. (*op. cit.* pp. 15 y ss.)

¹³ Castedo, Leopoldo, *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*, Santiago, Dolmen, 1999, p. 500.

¹⁴ *Ibid*, p. 13.

vez ví a alguien fumando. La guerra había comenzado el fatídico 18 de julio. En rigor, bien pudo ser éste mi segundo nacimiento, o tal vez, un renacer luego de la cercanía de la muerte (...) en la realidad de un trauma tremendo y una permanencia, que por momentos parecía eterna, en estado de enterrado vivo y con alternadas conciencias de perecer o sobrevivir.¹⁵

En cualquier caso sintetiza su vida en esta sencilla expresión: “Caos social y caos del cuerpo humano condicionaron (...) mis circunstancias al principio y al final de este recorrido”.¹⁶

Castedo estudió Filosofía y Letras en Madrid y entre sus principales maestros figuran: José Ortega y Gasset, José Gaos, Manuel García Morente, José Ballesteros Beretta (especial mentor de su vocación americanista), Agustín Millares Carlo, Andrés Ovejero y el poeta Pedro Salinas. Además, integró el Seminario de Estudios Americanistas. Al componer estas imágenes de juventud, Castedo se concebía como discípulo privilegiado de esos intelectuales arrancados de las aulas universitarias españolas por la contienda civil, de lo cual dejó constancia en artículos aparecidos en publicaciones como *La Vanguardia*, la *Revista de las Españas* y la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos.¹⁷

Y es desde aquella posición ciertamente trágica que el autor brinda al lector su infancia, su juventud y su madurez, es decir la nostalgia del hogar paterno, la importancia del Instituto-Escuela y de la Universidad de Madrid, la simpatía con la FUE (organización estudiantil de izquierda que competía con el SEU, versión universitaria del falangismo sindicalista español), la formación americanista, su acercamiento al grupo de teatro “La Barraca” y las lecturas de Rousseau, Proudhon, Bakunin, Salgari o Verne, hasta su llegada a Chile en 1939, donde desarrolló una prolífica labor intelectual con el deseo –finalmente, trunco– de redactar una Historia de los pueblos americanos inserta en el ritmo cultural occidental. Así, al articular mundo, yo y texto, el lenguaje autobiográfico acabó siendo mediador entre sujeto y texto, entre texto y lector, pues acercó la comprensión del pasado a través de la elaboración que hizo el escritor de esos hechos en el presente de la escritura.

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ *Ibid*, p. 501.

¹⁷ Castedo destaca, entre las actividades revolucionarias, la simpatía por la Alianza de Intelectuales Antifascistas liderada por Rafael Alberti e integrada por José Ortega y Gasset, entre otros nombres.

Los acontecimientos recordados, a diferencia de los vividos, como bien señala Walter Benjamin, son ilimitados, puesto que son, en sí mismos, la llave de cuanto aconteció antes y después de los mismos. Más tarde, al reconstruir la unidad de su vida, Castedo recordaría otras inflexiones: las tertulias literarias de Santiago de Chile, su trabajo en la Biblioteca Nacional de Chile y la colaboración estrecha con el historiador Francisco A. Encina; la labor docente e investigativa en la Universidad de Chile, en la Universidad Austral de Valdivia y en Universidades estadounidenses, por ejemplo la de Nueva York en Stony Brook. También destacaba la relación con personalidades notables como Amanda Labarca, Marta Brunet, Aníbal Bascañán, Guillermo Feliú Cruz, Raúl Silva Castro, Eduardo Cruz Coke, Jaime Eyzaguirre, Ricardo Latcham, Volodia Teitelboim, Antonio Skármeta, Salvador Allende, Claudio Véliz, Eduardo Mallea, Claudio Sánchez Albornoz, Heitor Villa-Lobos, Arturo Uslar Pietri, Luis E. Valcarcel, Arnold Toynbee, Stanley Ross, Rey Juan Carlos de Borbón, entre otros.

Participó en numerosos programas institucionales especiales (Banco Interamericano de Desarrollo, Naciones Unidas, CEPAL, Instituto de Cooperación Iberoamericana, centros académicos de Europa, Israel y Egipto) y viajó por toda América. Tuvo activa participación en publicaciones chilenas y extranjeras: libros, artículos en *Atenea*, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, *Latin America Research Review* y *Historical American Research Review*, editoriales periodísticos en *La Nación*, *Defensa*, *Zig-Zag* y *El País*. Asimismo, documentó el terremoto de 1960 en Valdivia y testimonió en catálogos las bellezas naturales y artísticas del continente.¹⁸

Estas coordenadas espacio-temporales están presentes en el texto castediano con la impronta de quien ha anhelado dominar, retrospectivamente, su propia vida. En tal sentido, el autor expuso este itinerario en los capítulos segundo, tercero y cuarto al indicar, por ejemplo, los debates ideológicos sobre el sentido de la Guerra Civil Española:

(...) en el "heroico Quinto regimiento" (...) tomó cuerpo el dilema que, resuelto en su faceta negativa, (...) determinaría la derrota de la República y la imposición sangrienta del fascismo en España. Los comunistas, acompañados en sus tesis por los (...) socialistas,

¹⁸ Un detalle exhaustivo en los Capítulos X a XX de *Contramemorias de un transterrado*, *op. cit.*

(...) así como por buena parte de los partidos republicanos, discrepaban (...) de (...) los anarquistas (y solapadamente apoyada por los trotskistas a tono con su patológico odio a los ortodoxos que todavía no se denominaban peyorativamente estalinistas). La de los primeros consistía en la pragmática postura de que, antes que la revolución, era (...) necesario ganar la guerra. La de los otros se basaba en el eufemismo de que guerra y revolución eran la misma cosa y que para ganar aquélla era preciso lograr primero –o simultáneamente (...)– la segunda¹⁹

o bien al recordar el impacto que la debacle político-social de la nación causó sobre los miembros de la familia:

(...) la despedida de la familia fue fría, salvo en las muestras de desconuelo de mi madre. Estaba herida de muerte por la tragedia española y pocas esperanzas conservaba acerca de la reconstrucción de la familia. Mi padre tenía clara conciencia de los horrores que (...) se venían encima. Anticipaba la triste realidad de un país deshecho, intolerante y negativo. (...) Suponía, en consecuencia, que a este hijo-amigo le iría mucho mejor en cualquiera otra parte, sobre todo si de América, según se había hablado, se trataba²⁰

e inclusive al reflejar las tensiones que la Segunda Guerra Mundial suscitó en el contingente de emigrados que él, su esposa e hija integran en el viaje hacia Chile:

Cuando navegábamos entre Iquique y Antofagasta (...) la noticia del pacto firmado por Hitler y Stalin (...) produjo (...) lo que parecía el comienzo de una pequeña (...) guerra civil en el barco de los excombatientes. Los comunistas ortodoxos que, con la tripulación del Winnipeg, constituían una activa, numerosa y opinante minoría, defendieron no sólo con dialécticos argumentos basados en la debilidad de las democracias tradicionales, principalmente Inglaterra y Francia, sino con la amenaza de los puños, el sorprendente contubernio. Los restantes pasajeros que, además de constituir mayoría, aunque más pasiva, comenzaban a reconsiderar antiguos entusiasmos doctrinarios, argumentaban en contra con similar pasión.²¹

¹⁹ Castedo, L., *Fundamentos culturales...*, op. cit., p. 58-59.

²⁰ *Ibid*, p. 79.

²¹ *Ibid*, p. 101.

En su autobiografía, Castedo dejó constancia de su recorrido físico, humano, ideológico, intelectual y artístico, expresando el deseo de recuperar el movimiento de su vida, del eje que guía, liga y explica la multiplicidad de un pasado que el autor ofrece gustoso a consideración del lector. Ese tamiz de las experiencias personales es la historia del siglo XX: la Guerra Civil Española, el exilio, la Segunda Guerra Mundial, el apogeo y decadencia de la Guerra Fría, la globalización. Las escenas son presentadas en orden temporal y, más allá de la autonomía relativa, de los intervalos que surjan entre ellas y de las interferencias entre el pasado que se recuerda y el presente en que se escribe, adquieren inteligibilidad cuando el autor declara que:

(...) esta historia pudiera ser la de unas pocas horas o la de más de medio siglo, buena parte de ella en una España partida que amé y se me negó en forma implacable muchas veces. La otra parte corresponde a un Continente que hice mío, recorrí (...) por tierra, mar y aire, y traté de valorizar en su caótico e incomparable poder de creación, luchando contra la inconclusa y acomplexada ejecutoria política que se confabuló para presentarme tantas veces la realidad de un mundo que para muchos españoles ha sido históricamente ancho y ajeno.²²

Autobiografía y textualidad político-ideológica

El relato de Castedo compromete, entonces, dos tiempos históricos discontinuos e imbricados entre sí desde sus orígenes y que fueron atravesados por la memoria traumática de las repercusiones de la Guerra Civil Española. El convencimiento de contribuir a la configuración de un nuevo tiempo histórico se fundió con sus experiencias personales y se tradujo en su concepción de que el hombre es agente hacedor, no sometido a situaciones acabadas y que da forma (coyuntural) al material de los hechos en cada época histórica. De allí que cada paisaje sea “verdaderamente, un estado de ánimo”.²³

El historiador arribó a Valparaíso en septiembre de 1939 procedente de Francia (Winnipeg) y escapando de la guerra, gracias

²² *Ibid*, p.13.

²³ Gusdorf, Georges, “Condiciones y límites de la autobiografía”, en VVAA. *La autobiografía y sus problemas teóricos*, op. cit, p. 13.

a los contactos de Rafael Alberti con el poeta Pablo Neruda, a la sazón cónsul de Chile en Francia. Desde ese momento se atribuiría “el apelativo de *transterrado*, antes incluso de que lo inventaran en México sea Gaos, sea Max Aub, porque intuía que en Chile no iba a ser adecuado el peyorativo de *desterrado*”.²⁴

En efecto, este *yo-autor* que pensó, organizó y escribió las *Contramemorias...* fue sensible a las diferencias más que a las similitudes y lo reflejó en una voluntad de poder que tuvo sus metas y significaciones. Por eso creyó que resultaba útil y valioso fijar su propia imagen, pues de otro modo podía desaparecer de este mundo. La autobiografía colaboró en el conocimiento de sí mismo porque al recapitular las etapas de la existencia, los paisajes y los encuentros, el autor estaba urgido a situarse en la perspectiva de lo que había sido.

El saber, recuerda Michel Foucault, está hecho para zanjar, para introducir lo discontinuo en nuestro ser y dramatizar nuestros instintos, dado que las palabras no guardan estáticamente su sentido, ni los deseos su dirección, ni las ideas su lógica.²⁵ Por ello el sentido histórico admite tres usos. Uno es el uso paródico y destructor de la realidad, cuyo propósito es restituir la presencia perpetua y venerante de obras y acciones. Otro es el uso disociativo y destructor de identidad, que se opone a la historia-continuidad (tradición) e invoca las pluralidades y discontinuidades que nos atraviesan. El tercero es el uso sacrificial y destructor de la verdad, que se opone a la historia-conocimiento y que al autointerrogarse prioriza la búsqueda del saber. La escritura castediana denota esa *disolución angustiosa*

²⁴ Castedo, L. *Fundamentos culturales...*, op. cit., p. 95.

El testimonio de su encuentro con Neruda es elocuente: “(...) en cuanto comencé a hablarle de Chile y de mis artículos publicados en *La Vanguardia*, en plena guerra, sobre la elección de Aguirre Cerda y el triunfo del Frente Popular (el tercero en la Historia, después del francés y el español) se interesó vivamente en la (...) extraña dedicación, habida cuenta la lejanía y el tradicional desinterés europeos de los asuntos hispanoamericanos. ‘Tráeme tus artículos. Me interesa mucho lo que haces y escribes. Veremos si te podemos despachar a Chile’”. En: Castedo, Leopoldo, *Ibid.*, p. 94. Y más aún al señalar otros motivos que le llevaban a escoger Chile: “Porque aparte y además de la democracia, que es harto decir, Chile es uno de los pocos países (...) en el cual según he averiguado (...) los presupuestos para la educación son superiores a los presupuestos para los gastos militares”. *Ibidem.*, pp. 94-95.

²⁵ Foucault, Michel, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, trad. cast, Torsan, Madrid, 1988.

—de la que hablaba Umberto Eco— del ser en el contexto de la responsabilidad del intelectual frente a las urgencias históricas de su tiempo, al expresar:

(...) me afirmo en el axioma que consiste en la imposibilidad de juzgar el pasado con el criterio del presente. A partir de este aserto, me ha parecido plausible (...) la postura de tantos españoles en protesta y censura de la violencia (¿paradigma de la vitalidad desperdiciada?) de muchos de sus compatriotas. Lo cual no quiere decir que estuve y estoy justipreciando aquel pasado con los criterios de este presente, sino (...) tratando de valorizar las posturas a que acabo de referirme”.²⁶

En este sentido los años treinta asomaban complejos en Europa. El desencanto en el optimismo liberal facilitaba el surgimiento de las ideas fascistas y nazis y hacía crecer la influencia del comunismo. El VII Congreso del Comintern, reunido en 1935 en Moscú, discutía sobre la alternativa más realista de acción política. La táctica del Frente Popular —o alianza estratégica con los partidos de izquierda y democráticos para derrotar a los enemigos situados hacia la derecha— terminó triunfando sobre la de los partidarios de la acción violenta por medio de guerrillas para enfrentar a los ejércitos regulares de los gobiernos burgueses.

El comunismo se insertaba en el juego democrático interviniendo en los gobiernos y asegurándose, en contrapartida, libertades y seguridades que favorecieran la acción revolucionaria. En este sentido Chile conformó el Frente Popular, que permitió en 1938 el triunfo del candidato radical, Pedro Aguirre Cerda. Éste ejerció la presidencia hasta 1941 (en que falleció y le sucedió el vicepresidente Jerónimo Méndez Arancibia) en medio de las turbulencias provocadas por los conflictos ideológicos de la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, agravadas por el terremoto de Chillán (1939).

Durante el gobierno de Aguirre Cerda se habían expandido los Partidos Socialista y Comunista. El escenario político estaba dominado por radicales, conservadores y liberales. El marxismo se difundió en los ambientes universitarios, culturales y literarios. La opinión pública chilena se familiarizó, entonces, con personajes e ideas revolucionarias y la conversión al comunismo de Pablo Neruda,

²⁶ Castedo, L., *Fundamentos culturales...*, *op. cit.*, p. 117.

por ejemplo, fue un suceso político y literario muy influyente para el prestigio de estas ideas. Asimismo, alcanzaron posiciones decisivas en la organización sindical y en la acción parlamentaria.²⁷

Autobiografía y textualidad historiográfica

Ahora bien, narrarse es también construirse y la empresa autobiográfica se fascina al objetivar el yo y reconocerlo como *otro*, lo que, según Darío Villanueva, “posee una virtualidad creativa, más que referencial; una virtualidad de *poiesis* antes que de *mimesis*”.²⁸ Ese testimonio representa una de las manifestaciones del deseo del yo-autor de permanecer en la memoria de los hombres.

Hacia los años treinta Leopoldo Castedo rediseñó su figura de intelectual en el espacio americano con el propósito de explicar, desde la particular intimidad emergente del exilio, los rasgos diferenciales entre España e Iberoamérica desde sus orígenes fundacionales hasta el siglo XX. Los temas históricos, filosóficos, literarios y políticos en clave americana aparecieron en sus escritos bajo la forma del estructuralismo y, en tal sentido, confiaba en:

(...) determinar los rasgos fundamentales que se conjugan para singularizar lo americano en el contexto del mundo contemporáneo”, [así como en] “(...) dejar constancia de la supervivencia del indio americano, (...) del menoscabo de sus antiguas culturas y de la proyección de éstas en la nueva que había comenzado a reestructurarse a partir de la conquista europea” [y también de la] “(...) valoración de la capacidad productiva y creadora del indio, del negro, del mulato y del mestizo, bien distinto del estereotipo creado y defendido por el viejo etnocentrismo europeo o por la pleitesía del acomplejado criollo europeizante.²⁹

²⁷ Entre otros autores, se sugiere: Gil, Federico, *El sistema político de Chile*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1969; Urzúa, Germán, *Los partidos políticos chilenos*, Jurídica, Santiago de Chile, 1968; Vial Correa, Gonzalo, *Historia de Chile*, 4 t. Santillana, Santiago de Chile, 1987; Villalobos, Sergio y otros, *Historia de Chile*, 4 t. Cormorán, Santiago de Chile, 1974; Riz, Liliana de, *Sociedad y política en Chile (de Portales a Pinochet)*, UNAM, México, 1979.

²⁸ Villanueva, Darío, *El polen de las ideas. Teoría, crítica, historia y literatura comparada*, PPU, Barcelona, 1991, p. 108.

²⁹ Castedo, L., *Fundamentos culturales...*, *op. cit.*, p. 278-280.

En efecto, el intelectual elabora conocimientos e ideas de la sociedad y el problema de las condiciones de posibilidad de un conocimiento válido en esa esfera genera su propio campo de análisis. Sea que se proponga como personaje crítico de las tensiones implícitas y de los conflictos abiertos de una sociedad, o que se conciba como ideólogo del orden establecido, el intelectual suele colocarse fuera y por encima de la sociedad a la cual ofrece un sostén derivado de la autoridad que emana de su condición de tal.³⁰

Como sostiene Tulio Halperín Donghi, el “inventario de carencias del continente” que había sido perfilado por el filósofo español José Ortega y Gasset en sus disertaciones en los foros universitarios y en reuniones literarias en Iberoamérica durante los años veinte (sobre todo en la Argentina), contribuyó a estimular el contacto de los países americanos con la nueva España, en especial luego de la Guerra Civil. A su turno, los intelectuales peninsulares se esforzaron por elaborar una imagen de España capaz de dar cuenta de su propio derrumbe y ello iba a repercutir en la tradición de pensamiento iberoamericano.³¹

La concepción de la historia asumida por Castedo se había originado en la tercera década del siglo XX en Madrid, en las discusiones del Ateneo dirigido por Ortega y Gasset y en las múltiples adhesiones a la causa americanista a raíz del conflicto civil español,

³⁰ Halperín Donghi, Tulio, *op. cit.* El autor considera que tanto la noción marxista de que el intelectual debe tomar conciencia del vínculo entre posiciones teóricas y la identificación con ciertas clases sociales y hacer de ésta su piedra de toque de la validez de sus conclusiones; como la noción opuesta que postula el *free-floating* intelectual, como único sujeto capaz de eludir las alternativas de ideología y utopía; tienen en común el hecho de integrar análisis sociales y criterios epistemológicos. En cuanto a la noción de *representación*, el autor recuerda la problematicidad e imprecisión que genera, para los estudiosos de las ciencias sociales, la ubicación de la escala de jerarquías sociales de estos intelectuales *representantes* de grupos definidos por su específica vinculación con el proceso productivo de cualquier sociedad. Y de ello infiere las categorías de *excepcionalidad* y *conflictividad* en la relación intelectual-sociedad.

³¹ La llamada Generación del 98, en especial uno de sus representantes, Miguel de Unamuno, consideraba a la historia una “espuma de acontecimientos efímeros” y definió la categoría de *intrahistoria* como espacio palpable del pulso de la vida de un pueblo, remitiéndolo no sólo a la experiencia española sino universalmente humana. Según Tulio Halperín Donghi, esta homogeneidad y continuidad en las ideas de los pensadores del 98 estaba acompañada de una notable discontinuidad práctica.

tales como el llamamiento a los pueblos de América en defensa de la democracia española de Pablo Casals o el análisis del modelo democrático chileno derivado del triunfo de Pedro Aguirre Cerda. Estaba convencido de que el ritmo histórico se dimensionaba desde el presente concreto, sin caer en dogmatismos psicoanalistas y resaltando las relaciones que estructuraban los sistemas en función de la significación que en ellos adquirirían sus elementos componentes. Así lo resumía:

¿Por qué indagar siempre en la Historia partiendo de un remotísimo pasado que apenas conocemos y sobre el que la veracidad de los documentos o testimonios son materia de eternas polémicas y constantes rectificaciones? ¿No será más cuerdo hacerlo al revés, vale decir, analizando un presente que conocemos mucho mejor y rastreando hacia atrás (...) el estudio de las razones de causa a efecto que han producido la culminación de cada período en el pasado?³²

La huella orteguiana se denota en cómo Castedo consideró los diferentes estratos que se entrecruzan en la comprensión histórica: por un lado, lo explícitamente dicho, es decir el aspecto externo del testimonio estudiado; por otro lado, su coherencia interna o lo que en última instancia quiere decir, teniendo en cuenta la fecha en que fue producido y la actitud de sus contemporáneos y, finalmente, el dicente mismo, que es el nivel más profundo al que se accede a través de la exploración de la mentalidad y sensibilidad de la sociedad de la época.³³

La primera publicación de Castedo en Chile fue una *Historia ejemplar de Santiago de Chile*, en 1942, que retrataba el crecimiento “dramático” de la comarca hasta la evolución de la “urbe afrancesada” y que constituyó, en su opinión, “una aproximación a las tradiciones nacionales que habría de continuar por el mismo camino”. Pero el lugar preponderante en la construcción de su entidad histórica lo alcanzó con la transcripción –para la editorial Nascimento– del manuscrito de los 20 tomos de la *Historia de Chile* de Francisco Antonio Encina, tarea que desempeñó entre 1939 y 1951, y en la

³² Castedo, Leopoldo, *Fundamentos culturales...*, op. cit., p. 43.

³³ Ortega y Gasset, José, “Historia como sistema”, en *Obras Completas*, T. 6, Alianza, Madrid, 1983.

redacción conjunta con éste de los tres tomos del *Resumen de la Historia de Chile*, cuya primera edición fue en 1954.³⁴

Más tarde, emprendió una aventura historiográfica, un periplo que lo llevó por mar y tierra americanas, bajo los auspicios financieros de la editorial Zig-Zag, entusiasmada con el éxito de librería del mencionado *Resumen...* El objetivo era comprometer a historiadores y especialistas de otros países para “preparar una Historia legible”, es decir que superara aquellas “que hacen mucho más hincapié en lo que nos divide que en lo que nos une”.³⁵

Así afianzaba su compromiso entre dos espacios y dos tiempos con ritmos históricos distintivos: uno, la España fracturada políticamente que dejaba, y otro, el país que lo recibía, Chile, la *tierra prometida* y la posibilidad de delinear un nuevo espacio de inteligibilidad histórica que recogería las síntesis americanistas gestadas durante su juventud universitaria y que le estimularía a reconocer positivamente el fenómeno del mestizaje biológico y social.

Por otra parte, creía en el valor existencial de la creación artística de los pueblos que constituían la manifestación superior de la capacidad virtuosa del hombre. Los contrastes, los caracteres acusados y las antinomias entre la tragedia de la verdad y la realidad asomaban en esas situaciones que, a su juicio, definían el *ser latinoamericano*, tales como la vitalidad, la complejidad, el barroquismo, la imprecisión, la agudeza, el individualismo, la envidia, la dignidad, el orientalismo, la contemplación, la suficiencia, la imprevisión y el resentimiento. Sin embargo, advertía que:

(...) podría considerar al lector susceptible a una persistencia peyorativa en este intento de resumir (...) ciertas constantes iberoamericanas derivadas de mis observaciones en viaje y sazonadas con los comentarios y datos proporcionados por los colaboradores de la proyectada y fallida Historia de América. Nada más lejos (...) de estas experiencias. (...) mis periplos americanos (...) se consagraron a (...) la valoración positiva de las muchas aportaciones del hombre americano a las formas de la cultura. Con tales propósitos concebí la ordenación de los

³⁴ Castedo, Leopoldo. *op. cit.* p. 116. Ver: “Prólogo” a *Resumen de la Historia de Chile*, t. I, 3ª ed., Zig-Zag, Santiago de Chile, 1959, pp. vii y ss.; y *Resumen de la Historia de Chile, 1891-1925*, t. IV, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1982, pp. xv y ss. Ambos títulos fueron editados con gran éxito hasta los años ochenta.

³⁵ Castedo, Leopoldo, *Fundamentos culturales...*, *op. cit.*, p. 178.

trabajos que deberían contribuir, con mis observaciones en viaje, a ensalzar sus conquistas intelectuales y su capacidad de creación artística.”³⁶

En efecto, Castedo encontró en la vocación histórica el grado de validación necesaria para dejarse descubrir, pues él es en la medida que lo es su texto. Y el arte ocupaba un lugar primordial ya que, a su juicio, era el campo donde el estudio de las sociedades pasadas adquiriría plenitud y precisión.³⁷

Estas reflexiones se dieron sobre un escenario particular. Entre fines de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta se había fortalecido en América Latina la necesidad de redefinir el rol de la región en el concierto mundial a raíz del nuevo ordenamiento bipolar propio de la Segunda Posguerra. En efecto, el pensamiento iberoamericano se complementó en dos direcciones. Por un lado, el deseo de apertura hacia las regiones que se consideraban a la vanguardia científico-tecnológica para superar la situación de atraso estructural. Por otro lado, la defensa de lo identitario como el afán

³⁶ *Ibid*, p. 288. Para conseguir editar su obra –*Historia de los pueblos americanos* (1956-1957)– recurrió a la búsqueda (*de visu*) de los testimonios de la trama geográfica, demográfica, político-institucional, ideológica, económica, social, tecnológica, artística y científica de nuestras comunidades. Castedo debía coordinar los escritos y estilos de diversos colaboradores americanos (entre los que figuraban Leopoldo Zea, Fernando Alegría, Martín Bunker, Luis Vidales, Silvio Zavala, Jorge Basadre, José Luis Romero, Lewis Hanke, Claudio Véliz, Eugenio Pereira Salas, Gilberto Freyre, Marinao Picón Salas y Juan Pivel Devoto) superador de las limitaciones nacionalistas y de las intransigentes aristas interpretativas iberoamericanas: benevolencia con el pasado colonial, o bien adhesión incondicional hacia la superioridad anglosajona. Finalmente no prosperó, pero su intencionalidad se plasmó en programas televisivos, audiciones radiales, películas y documentales, algunos de los cuales se pergeñaron con la colaboración de los versos de Neruda, por ejemplo el poema “Águila sideral, viña de bruma... Túnica triangular, polen de piedra...” para honrar el Intihuatana en Machu Picchu”.

³⁷ Ver del mismo autor: *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*, Dolmen, Santiago de Chile, 1999. Castedo consideraba que el *bajo fondo* del curso histórico iberoamericano se nutría de su admiración por el esplendor de las primeras culturas aborígenes y la originalidad de las artes coloniales en una fusión que se mantenía viva hasta el presente y que, por esa misma razón, él situaba en las antípodas de la experiencia social y política del continente, la cual había procurado imitar, sin éxito alguno, en su opinión, los paradigmas europeos y norteamericanos.

de vivir un ritmo autóctono y autónomo que permitiera el despliegue de modelos de economía política y organización social.³⁸

Precisamente, en este diálogo de posibilidades iba a fructificar la posición de Castedo quien desde su rol de director de los Servicios Audiovisuales de la División de Informaciones del Banco Interamericano de Desarrollo, entre los años 1961 y 1963, llevó adelante variadas tareas destinadas a incrementar el conocimiento de América Latina en la propia región. Organizó ciclos culturales que incluyeron exposiciones fotográficas sobre los tipos, paisajes y episodios memorables relacionados con sus propios viajes por el continente; conferencias temáticas a cargo de invitados especiales (Arnold Toynbee, Arturo Uslar Pietri, Luis E. Valcárcel); visitas de pensadores y poetas españoles (José Gaos, Pablo Casals, Juan Ramón Jiménez) y la exploración del pensamiento político y social de Simón Bolívar, José María de Hostos, José Martí o Manuel González Prada, entre otros.³⁹

En este sentido, cabe destacar que la pertenencia de Castedo al mundo español y al mundo iberoamericano le confirió una doble carta de ciudadanía que terminó plasmándose en un discurso que, en las postrimerías de los años setenta, encarnaría en la defensa encendida del valor original del proceso histórico americano, al destacar:

(...) la necesidad imperiosa de luchar contra la colosal ignorancia del español medio, alto y bajo acerca de la realidad hispanoamericana [para] (...) ofrecer un panorama de la riqueza de la creatividad iberoamericana desde los tiempos precolombinos hasta nuestros días (...) [y] una visión de América desde América, distinta, por lo tanto, del generalizado tratamiento europeo del Tercer Mundo.”⁴⁰

³⁸ Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano del siglo XX; desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, t. II, Biblos, Buenos Aires, 2003.

³⁹ Castedo, Leopoldo. *op. cit.*, pp. 175 y ss.; pp. 306 y ss. y pp. 434 y ss. En esos años, el chileno Felipe Herrera era el presidente del BID. Castedo completó estas tareas con las de Consultor Especial de Naciones Unidas y en 1971 se le encomendó el estudio de factibilidad del proyecto financiado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Acotado a la geografía andina, debía emprender el registro sistemático del patrimonio; la creación de mecanismos para la preservación, conservación y restauración de los bienes culturales; la difusión (en especial a través de la televisión) de los tesoros artísticos latinoamericanos; el establecimiento de Casas de la Cultura Latinoamericanas en las principales ciudades y la coordinación de una red de datos para compartir los diferentes proyectos culturales de cada país.

⁴⁰ Castedo, Leopoldo, *Fundamentos culturales...*, *op. cit.*, p. 472.

Conclusiones

El testimonio autorreferencial se fundamenta en una vida cuyo principal impulso es la recuperación del tiempo, ya sea que se lo entienda como el mero curso histórico de la existencia donde todo fluye y nada permanece, o bien como una relación de transformación entre *es* y *era* que deja lugar al primero. Y ese testimonio está construido según un código determinado que refleja las relaciones entre éste y la realidad por él designada. La memoria contribuye dando forma al *bios* concebido como proceso. Así se transforma en una memoria creativa porque reorganiza el pasado en imágenes del presente haciendo que el pasado sea algo tan necesario para el presente como que éste último venga a ser una consecuencia del primero.

En las *Contramemorias de un transterrado* el autor abre el texto a su contexto y revela la importancia de la elección de la clave americanista en la comprensión de la historia, la sociedad y la política de su tiempo. Por ello lo autobiográfico no es suficiente y el autor-narrador debe completarse a sí mismo con la ilusión de la referencialidad. Castedo agrupa los elementos de su existencia –unas veces felices, otras veces dolorosos– y retrasa su duración en un relato que pretende ofrecer una visión coherente y total. Así alcanza una nueva alianza con sí mismo y con el mundo al entresacar la significación íntima de su propia verdad, que se gesta:

(...) palpando realidades, enfrentando situaciones difíciles, cruzando fronteras (...) enriqueciendo mis amistades con sabios y artistas, con profesionales eruditos, con poetas y novelistas, con sesudos profesores y con discrepantes alumnos, y sobre todo, hablando en lenguaje llano con la gente, tanto más aleccionadoras sus opiniones cuanto más humilde fuera su condición.⁴¹

Castedo procuró indagar en el significado histórico y cultural de Iberoamérica concibiéndola como entidad integradora de una cultura más amplia a la que pertenecía por derecho propio. Se ufano por superar las posturas antagónicas que imperaban en la región hacia fines del siglo XX: por un lado, la idea de una identidad *negativa*, situación atribuida a los variados imperialismos que soportaba la región (desde el pasado colonial hasta los contemporáneos); y por otro lado, la noción de *autoafirmación* de la propia singularidad entendida como conciencia natural del encuentro (aún violento) de

⁴¹ *Ibid*, p. 277.

pueblos y culturas con sus consecuentes modificaciones. Sólo en esta última opción –aseguraba Castedo– se amalgamaba lo propio y lo externo mediante la valorización de las esencias y el resultado final de una personalidad definidamente propia e incorporada a la cultura universal.⁴²

Así, la autobiografía devela, al modo de Goethe, la personalidad de un yo que se va formando en interacción con sus propias circunstancias vitales. La complejidad de la trama política, ideológica, social, cultural y económica del siglo XX impacta y transforma la escritura castediana. Los anhelos del sujeto individual no decaen a pesar del impacto de situaciones extremas. Los bombardeos, las actividades revolucionarias, las pérdidas familiares, las vicisitudes personales y los ajetreos laborales se equilibran con la impronta dejada por la creatividad de su padre, el legado musical de su madre y abuela, el sueño de una historia total de los pueblos americanos y el encuentro fructífero con figuras destacadas del quehacer político, social, económico y cultural de su época. Al mismo tiempo, redimensiona la especificidad del yo, en la medida en que *Castedo/sujeto/autor* está obligado a realizar una introspección preguntándose quién soy, quién quiero ser.

Pero también funde las nociones de *Yo* y de *Otro* al intentar superar la concepción de una historia confrontativa entre España y América por una historia que, en términos más amplios que los marcos epistemológicos y metodológicos tradicionales, privilegie otras aristas del quehacer humano. No fija en definitiva los contornos de ambos sujetos pues *Yo* y *Otro* son, alternativamente, el nativo y el transterrado, según sea el lugar donde estén afincados de manera transitoria. Esta situación podría sugerir una particular vivencia del mestizaje social y cultural, en cuanto fenómeno estrictamente iberoamericano.⁴³

⁴² En *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*, Castedo explicita su adhesión a los postulados formulados por Felipe Herrera, en especial aquél que partiendo del aserto “Somos una gran nación deshecha” (en referencia a la balcanización política de nuestros países durante la época postindependentista y republicana) se dirigía a lograr el ansiado “Desarrollo más Cultura”. En tal sentido, si bien América Latina poseía una identidad cultural acotada en la misma presencia histórica, económica, política y cultural, la principal debilidad del ser latinoamericano era su escasa fuerza de autoafirmación para proyectar una personalidad propia frente a la civilización planetaria.

⁴³ Zuleta, Emilia de, *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, ICI, Madrid, 1983 y Zea, 1999.

El ejercicio de la memoria, entonces, puede tener dos sentidos: el discurrir del pasado, convirtiéndose en presente, al modo de Heráclito, o bien la unión del pasado visto en retrospectiva con el presente como ser, según Parménides. Castedo optó por el primero de ellos puesto que al buscar el significado de su experiencia, eligió la praxis de una memoria que rescataba los hechos necesarios y los incorporaba en un orden interrelacionado en función no tanto de su cronología, como sí de su significación.

La fusión de horizontes de expectativas también juega su papel en este proceso, sobre todo si para alcanzar una comprensión más cabal del texto se reconoce la tensión entre las intenciones explícitas o implícitas que aquél propone a sus destinatarios. Nadie expresa su yo en un lenguaje hecho por sí mismo, Comparte con sus compañeros de tiempo y cultura todo aquello que les afecte a todos en esas coordenadas. Por ello es que el lenguaje es un instrumento de posibilidad al servicio de la autodefinición pues el hombre que se preocupa por hablar de sí mismo sabe que el presente difiere del pasado y que no se repetirá en el futuro.⁴⁴ Además, percibe que su voz se esconde tras una máscara –la prosopopeya, figura retórica por excelencia- que es la suma de todos los Yo anteriores al momento de la escritura. Castedo no sólo emite para el *Otro*, sino que es expresión del *Otro* instalado en el corazón de esa vida interior. En esta perspectiva, la historia y la autobiografía comparten la valiosa premisa de hacer inteligibles las partes del pasado que se hayan presentado al sujeto-autor como impostergables actualizaciones del presente.

Bibliografía

Aróstegui, Julio, *La investigación histórica: teoría y método*, 2ª ed., Crítica, Barcelona, 2001.

Baumer, Franklin L., *El pensamiento europeo moderno: continuidad y cambio en las ideas, 1600-1950*, FCE, México, 1985.

Bourdieu, P., *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995.

Burke, P., *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1999.

⁴⁴ Gusdorf, Georges, "Condiciones y límites de la autobiografía", en VVAA. *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Anthropos, núm. 29, Barcelona, 1991.

—, *History and Social Theory*, Cornell University Press, Ithaca-New York, 1993.

Castedo, Leopoldo, *Resumen de la Historia de Chile*, 3 volúmenes, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1954.

—, *Resumen de la Historia de Chile, 1891-1925*, t. IV, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1982.

—, *Contramemorias de un transterrado*, FCE, Santiago de Chile, 1997.

—, *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*, Dolmen, Santiago de Chile, 1999.

Catelli, Nora, *El espacio autobiográfico*, Lumen, Barcelona, 1991.

Chartier, R., *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, Barcelona, 1992.

Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano del siglo XX; desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, t. II, Biblos, Buenos Aires, 2003.

Ecco, Umberto, *Tratado de semiótica general*, Nueva Imagen, México, 1978.

Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Torsan, Madrid, 1988.

Gil, Federico, *El sistema político de Chile*. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1969.

Gusdorf, Georges, "Condiciones y límites de la autobiografía", en VVAA, *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Anthropos, núm. 29, Barcelona, 1991, pp. 9 y ss.)

Halperín Donghi, Tulio, "Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica", en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1987, pp. 41-63.

Hernández Sandoica, Elena, *Tendencias historiográficas actuales; escribir historia hoy*, Akal, Madrid, 2004.

Iggers, G., *La Ciencia Histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Idea Books, Barcelona, 1998.

Jauss, Hans R., *Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética*, Taurus, Madrid, 1986.

LaCapra, Dominick & Steven L. Kaplan, *Modern European Intellectual History; Reappraisals and New Perspectives*, Cornell University Press, Ithaca-London, 1982.

Lejeune, Phillippe, "El pacto autobiográfico", en VVAA, *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación*

documental, Anthropos, núm. 29, Barcelona, 1991, pp. 47 y ss.

Loureiro, Ángel, "Problemas teóricos de la autobiografía", en VVAA. *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Anthropos, núm. 29, Barcelona, 1991, pp. 2 y ss.

Man, Paul, "La autobiografía como desfiguración", en VVAA. *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Anthropos, núm. 29, Barcelona, 1991, pp. 113 y ss.

May, Georges, *La autobiografía*, FCE, México, 1982.

Ortega y Gasset, José, "Historia como sistema", en *Obras Completas*, t. 6, Alianza, Madrid, 1983, pp. 11-50 y "Una interpretación de la historia universal" en: *Ibíd.*, t. 9, pp. 11-241.

Ricouer, Paul, *Ideología y utopía*, Gedisa, México, 1991.

Riz, Liliana de, *Sociedad y política en Chile (de Portales a Pinochet)*, UNAM, México, 1979.

Urzúa, Germán, *Los partidos políticos chilenos*, Jurídica, Santiago de Chile, 1968.

Vial Correa, Gonzalo, *Historia de Chile*, 4 tomos, Santillana, Santiago de Chile, 1987.

Villalobos, Sergio y otros, *Historia de Chile*, 4 tomos, Cormorán, Santiago de Chile, 1974.

Villanueva, Darío, *El polen de las ideas. Teoría, crítica, historia y literatura comparada*, PPU, Barcelona, 1991.

Weintraub, Karl, "Autobiografía y conciencia histórica", en VVAA. *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Anthropos, núm. 29, Barcelona, 1991, pp. 18 y ss.

White, Hayden, *El contenido de la forma; Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

Zuleta, Emilia de, *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, ICI, Madrid, 1983.

172 BLANCA

RESEÑAS



Composición fotográfica,
Rodrigo Martínez, Alejandra Guillot
y Leonardo Hernández

174 BLANCA